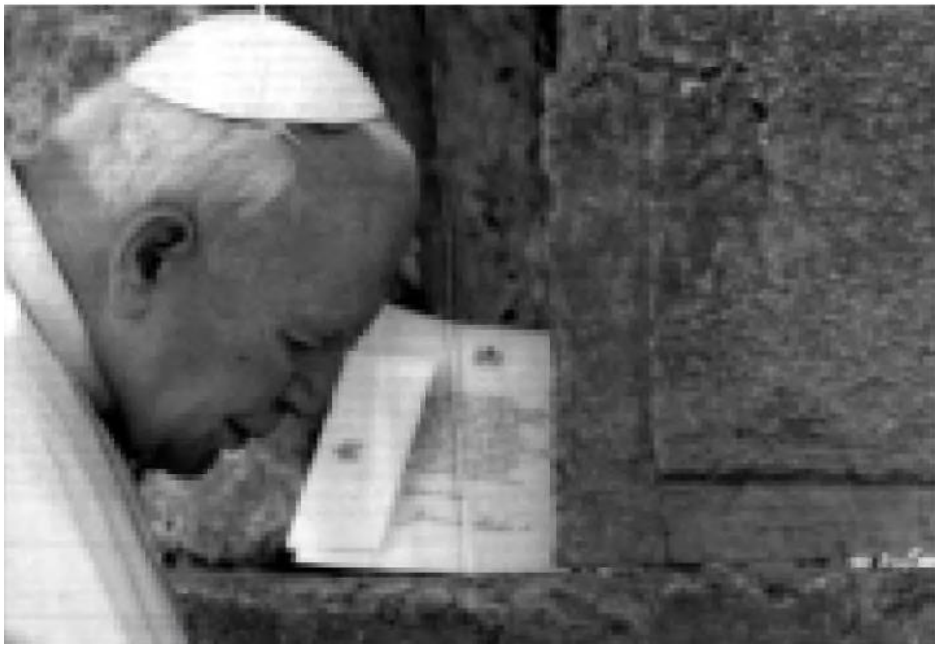
SODALITIUM
N. 51 Luglio 2000
sa - Taxe Perçue. TORINO CMP

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 51**,** pág. 2.
Título original: *Editoriale*
Autor: *Sodalitium*
Fecha: **julio 2000.** Traducido al español. Página web:
www.sodalitium.it email: info@sodalitium.it

JUAN PABLO II PIDE PERDÓN FRENTE AL MURO DE LAS LAMENTACIONES



Juan Pablo II ante el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén

Editorial (resumido)

(…)

Juan Pablo II había estado preparando a los católicos durante algún tiempo para este "Año Santo" del año 2000; desafortunadamente, los programas se están realizando uno tras otro. El "Día del Perdón", celebrado en la Basílica de San Pedro el primer domingo de Cuaresma, el 12 de marzo de 2000, fue definido con razón por Juan Pablo II como una "jornada histórica". Denunció "los errores, las culpas y las desviaciones del pasado" que habrían cometido los "hijos de la Iglesia", y por los cuales él pidió perdón. En realidad, y todo el mundo lo sabe bien, estos "errores, culpas y desviaciones del pasado" no fueron cometidos por "hijos de la Iglesia" anónimos, sino por la suprema jerarquía de la Iglesia, en nombre de la Iglesia y de su doctrina. La de Juan Pablo II es, por tanto, en realidad una solemne abjuración de la Iglesia católica, de sus Pontífices, de sus santos, de sus doctores... Nunca hasta ahora él —y los que están en comunión con él— se había acercado tanto a la admisión explícita de la contradicción existente entre el "Concilio Vaticano II" y la doctrina y la práctica de la Iglesia católica, en un impresionante "auto de fe" al contrario. Esta ceremonia, se dice, debería haber acercado a la Iglesia a los que están lejos de ella, a los que le han reprochado durante siglos la intolerancia del pasado. Un hombre como Indro Montanelli, por ejemplo, debería haberse acercado a la Iglesia. Sobre las palabras pronunciadas por Juan Pablo II, escribe que "*han dejado sin aliento incluso a un laico como yo*". Un "laico" estimado por Juan Pablo II, que lo quería recibir, hace unos años, en su apartamento privado, reteniéndolo luego para almorzar. Y Montanelli relata, en el *Corriere della Sera* (9/3/2000, pág. 1):

"*Entendí, o creí entender, que ese Papa (...) habría dejado un montón de escombros: el de la estructura autoritaria y piramidal de la Curia romana. Ahora me parece entender* —prosigue Montanelli— *que esa intuición vagamente catastrófica era pecado, sí, pero por defecto: lo que el Papa Wojtyla dejará atrás no son solo los escombros de la Curia, sino de la Iglesia, o al menos de lo que durante dos mil años hemos estado acostumbrados a considerar como tal y llevamos, incluso nosotros, los laicos, en nuestra sangre. En su larga historia, la denuncia de los errores cometidos en su nombre no es nada nuevo, aunque el uso que se ha hecho de él en los últimos tiempos y que roza el abuso, nos ha dejado algo estupefactos. Pero entre los propios errores, incluso —si hemos entendido bien— entre las propias*

culpas también los cismas y las consiguientes excomuniones de las otras iglesias cristianas, ortodoxas y protestantes, nos sugiere a los laicos la pregunta desconcertante: "¿Pero entonces...?". Es —repito— un desconcierto. Pero más que legítimo, me parece".

Nefas est ab inimicis discere! [Es nefasto aprender de los enemigos – nota del traductor] Y desafortunadamente, una vez más, son los enemigos de la Iglesia los que más se acercan a la verdad...

La "*sospecha*" de Montanelli es que Juan Pablo II, para obtener la colaboración de los protestantes y los "ortodoxos" en la "nueva evangelización", también está dispuesto a "*sacrificar su propio primado*". A los que se escandalizan por esta perspectiva, el Card. Martini recuerda las palabras del propio Juan Pablo II en *Ut unum sint*.

Pero lo que está en juego es mayor. Si el primado romano debe ser sacrificado a causa de los "hermanos separados", ¿a causa de los "hermanos mayores" tendrá que ser sacrificada... la divinidad de Cristo? Todos los comentaristas (y especialmente las autoridades civiles y religiosas israelíes) se han dado cuenta de que el gesto del 12 de marzo, aunque tan importante, fue esencialmente preparatorio del viaje de Juan Pablo II a Israel, que duró del 20 al 26 de marzo. En el documento de la Comisión Teológica Internacional *Memoria y Reconciliación* sobre las "culpas" del pasado, el único grupo religioso o social explícitamente mencionado al que se le pide perdón es el judaísmo, heredero espiritual del fariseísmo.

El 26 de marzo, Juan Pablo II se acercó a la Muro de las Lamentaciones y, con un gesto de plegaria judía, metió en las grietas de la pared de aquel templo destruido materialmente por los romanos el 29 de agosto del año 70, pero por voluntad de Dios mismo, en castigo por el deicidio (cf. Math. XIV, 38 y sigs.), la petición de perdón al pueblo judío por la actitud pasada de la Iglesia hacia ellos.

Leemos en la *Contre-Réforme Catholique* (con la que, sin embargo, a menudo no estamos de acuerdo):

> «Después de 1967, el espacio creado frente al muro se convirtió en un lugar de culto. Para el cardenal Lustiger, el gesto del Papa hacia el Muro de las Lamentaciones es un verdadero gesto litúrgico: 'Ha rezado, ha orado como un creyente, quién sabe que este muro de Herodes es el muro del Templo donde reside la gloria de Dios (...). Y si pidió perdón, es porque es su papel como pontífice pedir perdón en nombre de los

fieles por los pecados cometidos.' (*La Croix*, jueves 6 de abril). Juan Pablo II actuó entonces en calidad de sumo sacerdote judío. Para nosotros los católicos, la 'gloria de Dios' reside en 'todos los tabernáculos de la tierra' y ella ha sido 'horriblemente ultrajada', en palabras del ángel de Fátima, por aquellos que le dan la espalda, después de 2000 años, para adorar hoy... ¡las piedras!' 'Un gesto inaudito —titula *La Croix*— el del lunes 27 de marzo. De hecho, ¡es el mundo al revés! Para medir el camino recorrido, basta comparar, por un lado, 'las pocas frases escritas en la hoja, que el muro oculta al viento, las cuales expresan el arrepentimiento de la Iglesia hacia el pueblo judío' y, por otro lado, las palabras pronunciadas por San Pedro hace dos mil años para exhortar al mismo pueblo judío... a un arrepentimiento al contrario!

Kerigma de San Pedro:

'Varones israelitas, arrepiéntanse, y bautícese cualquiera de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados, y entonces recibirán el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para todos los que el Señor nuestro Dios llame' (Hch 2, 38-40).

Teshuvá de Juan Pablo II:

'Dios de nuestros padres, tú elegiste a Abraham y a su descendencia para que tu nombre sea conocido entre las naciones. Estamos profundamente entristecidos por el comportamiento de aquellos que, a lo largo de la historia, han hecho sufrir a tus hijos, y pidiéndote perdón, queremos comprometernos a vivir una auténtica fraternidad con el pueblo de la Alianza.'.»

(CRC, nº 366, abril de 2000, pág. 2).

La plegaria de Juan Pablo II en el Muro de las Lamentaciones es un hecho tan impactante que tal vez solo la revelación (que aún debe ser confirmada por ciertas pruebas) hecha por el escritor israelí Yoram Kaniuk en la *República* del 22 de marzo de 2000 (pág. 15) puede explicar:

«Es absurdo —escribe Kaniuk— esperar que el Papa exprese un mayor pesar o que se disculpe más de lo que se disculpó por el Holocausto y la Inquisición y por los milenios de odio. **No tiene ningún mandato de sus predecesores que, por el mero hecho de ser papas,**

no podían equivocarse. En cambio, tiene un mandato de amor **de su Dios y acude a su madre** tanto para distanciarse de ella como cristiano, como para pedirle piedad, **en su condición de huérfano de una judía**.»

En realidad, la madre y el padre de Karol Wojtyla fueron bautizados. Pero tal vez Yoram Kaniuk sepa algo más, en la línea de lo que escribió el *Sodalitium* en *Karol, Adam, Jacob* (nº. 49, pág. 30).

Independientemente de las convicciones íntimas de Juan Pablo II, conocidas solo por Dios, todos los colaboradores de *Sodalitium* se sienten obligados a defender públicamente, en esta ocasión, el honor de la Iglesia. No negamos la Iglesia. No negamos su pasado. No negamos los escritos de los Padres de la Iglesia. No negamos los anatemas y las excomuniones de herejes y cismáticos. No negamos a los Papas que han promovido guerras dolorosas pero necesarias contra los infieles, los herejes o cismáticos, ni a los santos canonizados que las han predicado o que han luchado contra ellos. No negamos el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de la depravación herética, los Papas que lo instituyeron y presidieron hasta el Concilio, los Santos que lo defendieron y desempeñaron sus funciones. No nos avergonzamos de la Iglesia. Nos avergonzamos de los que se avergüenzan de la Iglesia. De los que no consienten, pero callan, y al callar, consienten. De los que atribuyen a la Iglesia este repudio del pasado, de la doctrina y de la práctica de la Iglesia.

Este rechazo necesario de una doctrina y de una práctica adulteradas que nos llegan de aquellos que ocupan la Sede de Pedro (¡pero no ejercen su autoridad!) no nos permite, sin embargo, crear —poco a poco, pero inexorablemente— otra Iglesia.

(…)